



C.P.E.I.P.
"Julián M^a Espinal Olcoz"
Ctra. de Larraga s/n
31150 Mendigorria
Tf: 948348005
cpmedigo@educacion.navarra.es
www.escuelademendigoria.wordpress.com

La Escuela de Mendigorria: un proyecto comunitario de aprendizaje

Toda transformación nace del deseo. También la transformación de una escuela en una comunidad de aprendizaje nace del deseo. Este deseo nos empujó en Mendigorria a mirar las dificultades como oportunidades, al aula como lugar de conocimiento, al alumnado como protagonista responsable, al profesorado como facilitador del diálogo, a los familiares como participantes activos. Todos ellos, incluso las personas sin vínculo alguno con los niños y las niñas de nuestra escuela, tienen la puerta abierta para tomar parte en un encuentro educativo concebido para desafiar saberes, explorar intenciones y también compartir ilusiones y sueños, muchos sueños, que nos impulsen a todos y todas a aprender más y mejor.

Si algo esencial tienen en común las comunidades de aprendizaje es rechazar la inercia que ahoga el verdadero sentido del conocimiento, y tomar apasionadamente caminos orientados a la puesta en práctica de actuaciones de éxito educativo que ya han sido identificadas por la comunidad científica internacional, como son los grupos interactivos y las tertulias dialógicas.

Nos gusta vivirnos pensando de forma crítica en nuestro quehacer educativo. Así, paso a paso, queremos fortalecer el Proyecto Educativo del *C.P. Julián M^a Espinal Olcoz de Mendigorria* con la intención de seguir transformando no solo nuestra escuela sino también el entorno social en que se encuentra y que contribuye a definir sus señas de identidad. Una comunidad de aprendizaje debe esforzarse cada día para que las personas que la integran trabajen mejor codo con codo por una transformación ética que nos ayude a todos y todas a cambiar la sociedad y hacerla más justa y solidaria.

Buscamos como docentes lo mismo que las familias de los niños y niñas: un encuentro auténtico e igualitario en torno a un proyecto educativo que trate de resolver problemas y formular preguntas desafiantes, apostando decididamente por la construcción de mejores experiencias educativas, más potentes, y más firmemente basadas en el diálogo con objeto de que los alumnos y alumnas aprendan más y mejor, aprendan con todo el mundo y vivan, tanto ellos como las personas con quienes comparten espacios y tiempos, los principios de la calidad y la equidad como pilares básicos de nuestra escuela.

Este cambio fundamental en el mundo educativo exige tomar conciencia de que es necesario encender el deseo de las personas –protagonistas todas– por aportar su experiencia y proyectar la ilusión –la suya propia– de hacer de nuestra escuela la mejor escuela posible, es decir, un lugar donde todo el mundo aprenda más y mejor. Sin este incendio necesario el cambio no tendrá nunca ni tiempo ni lugar.

Esta transformación exige, por una parte, desterrar el fatalismo en el que caen quienes reconocen más debilidades que fortalezas en las personas; y por otra, exige más

fidelidad a los hallazgos de la ciencia que adhesión acrítica a la mera innovación. Es posible rebelarse ante la creencia de que los niños y las niñas solo pueden cumplir las expectativas de una cultura dominante que ahoga a quienes no la comparten. Tan posible como arrojar luz sobre las contradicciones que jalonan el quehacer diario de los docentes, y reunir el coraje para desafiarlas de la mano de colegas, compañeros y compañeras de profesión, de este o de cualquier otro centro, y hacerlo en el seno de un claustro que debe ser diverso y respetuoso con la diferencia, también la de los propios docentes. Tenemos el deseo de que otros centros nos empujen a nosotros también a seguir mejorando, a aprender constantemente. Por este motivo acogemos con satisfacción la iniciativa del Departamento de Educación de Navarra de hacer pública una convocatoria a la que pueden acogerse los centros educativos que desean vivir una transformación como la que vivimos en el colegio público de Mendigorria hace ocho cursos, o bien, poner en práctica parcialmente tanto actuaciones de éxito educativo –refrendadas por la comunidad científica internacional– como otras que tienen resultados satisfactorios. Si los aires de cambio están soplando en estas tierras, cabe preguntarse cómo alimentar esa chispa de cambio para que la adopción del aprendizaje dialógico resista los cortafuegos del miedo, la incompreensión y las inercias sordociegas de la tradición educativa más cerril.

Por tanto, ¿a qué estamos abiertos en nuestra comunidad de aprendizaje? A trabajar con otros centros, a mantener las puertas de nuestro colegio abiertas, a compartir los documentos que escribimos, a responder las preguntas de quienes nos preguntan, a hacer preguntas a quienes desean compartir lo que saben, a desvelar el currículum oculto, a desafiar la tradición irreflexiva, a confiar en el diálogo constante y respetuoso incluso entre personas que disienten, a concebir la teoría y la práctica educativas como cinta de Moebius, más que como una moneda de dos caras, es decir, como un constructo donde no se conciben la una sin la otra, hasta el punto de desaparecer si una de las dos pierde su sentido. Estamos para cambiar las cosas enseñando y aprendiendo desde la humildad, sobre todo reconociendo en otros fortalezas que nunca podrán ser las propias. Es por eso que, tal vez, el cambio social venga de la mano de los docentes que sepan invocar la valentía y la curiosidad en los niños, colocando un espejo y una ventana ante ellos; y contagien la valentía para que se atrevan a ver reflejado en un espejo quiénes son en realidad, y contagien la curiosidad en los niños para que mantengan el deseo innato de mirar a través de una ventana que les deje ver qué hay al otro lado. Si también este es un reto insoslayable, ¿cómo queremos mirar desde nuestra comunidad de aprendizaje a las maestras y a los maestros?

Nuestro futuro, un desafío constante: repensar la función docente.

Uno de los objetivos de nuestra Comunidad de Aprendizaje es que emerja la figura de una maestra y de un maestro cuyas funciones, sin duda, se redefinan dentro de un contexto social marcado inexorablemente por el cambio que nos exige a todos flexibilidad, no solo (o no tanto) para adaptarnos al signo de los tiempos sino para marcar nosotros mismos el carácter de lo venidero con nuestro compromiso con la acción efectiva. En definitiva, los docentes hemos de saber que no se puede ser demasiado exigente esperando que nuestros alumnos y alumnas desarrollen su competencia para la autonomía e iniciativa personal si sus

propios maestros y maestras no van asumiendo como suya tal competencia. Y si el objetivo de la educación es actualizar las potencialidades del que aprende e impulsar sus talentos, no ha de serlo menos para quien ha de gestionar los recursos que entran en juego en el desarrollo de las competencias básicas de la sociedad de la información y del conocimiento, es decir, para quien enseña.

Los maestros y las maestras de una Comunidad de Aprendizaje estamos aprendiendo a ser conscientes de que hay múltiples agentes sociales que tienen mucho que ofrecer a la escuela, de que hay gran cantidad de recursos materiales y, lo que es más importante, de que existen personas que voluntariamente podrían poner a disposición de los niños y niñas su tiempo, su experiencia y su conocimiento para facilitar y enriquecer el tránsito de éstos hacia una edad adulta responsable y comprometida con su pueblo. La presencia de personas voluntarias en ningún caso menoscaba la autoridad del maestro, que siempre decidirá cuándo y para qué contar con otros adultos en el aula, pues él gestiona la clase, la realización de las actividades, el manejo de los recursos del aula y todo aquello que constituye específicamente la tarea de un profesional que se ha formado para ello.

La comunidad de aprendizaje es una apuesta por activar las capacidades, experiencias y conocimientos de los habitantes de la localidad, del barrio donde se encuentre. Ellos y ellas pueden decidir poner al servicio del aprendizaje de los niños y niñas lo que son y lo que saben mediante su participación activa, tanto fuera como dentro del aula. Así, el centro se constituye como punto de encuentro de las personas, donde ha de imperar el respeto escrupuloso de las normas de convivencia y la libre decisión que tomen sus profesionales para ir implementando en el aula las distintas actuaciones de éxito educativo.

La comunidad de aprendizaje constituye un marco sólido para que los docentes y las docentes piensen en los retos de la escuela y asuman las peculiaridades que la definen como distinta a todas las demás. Sin embargo, cualquier reflexión sobre la función docente sería ociosa si no contribuyera a que los resultados académicos de nuestros alumnos y alumnas mejoraran ostensiblemente. En el logro de este objetivo han de enfocarse nuestros esfuerzos, dirigidos a que todo estudiante de nuestra escuela, como de todas las demás, logre el éxito escolar –independientemente del tipo de medida que se escoja para evaluarlo– y partiendo de una base innegociable: esperar de los niños y niñas siempre lo mejor. Esto nos volverá, a los maestros y maestras, más exigentes con nuestro propio trabajo, fortalecerá la autoestima de nuestros alumnos y suscitará en ellos –así lo esperamos– la adopción de una mayor autoexigencia como motor de su formación permanente y del compromiso con el logro del bien común.